

Ana Alonso

Cómo hablar con tu robot

Ilustraciones
de Lucía Serrano

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2014

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2014
© De las ilustraciones: Lucía Serrano, 2014
© De las fotografías de cubierta: 123 RF / Quick Images
© De las fotografías de las fichas: Cosano, P / Anaya
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.pizcadesal.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-678-6105-1
Depósito legal: M. 2453/2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Cómo hablar con tu robot

Ilustraciones
de Lucía Serrano



ANAYA

*Para Alejandro,
mi superhéroe favorito.*

CAPÍTULO 1

Me llamo Lucas, soy un superhéroe, y como todos los superhéroes siempre estoy intentando derrotar a los villanos y salvar el mundo. El problema es que salvar el mundo da mucho más trabajo de lo que la gente se cree. Los supervillanos cada vez están mejor preparados. A veces me pregunto si tendrán una universidad secreta o algo así donde les enseñan todos sus sucios trucos. Y toda esa tecnología avanzada que manejan... ¿De dónde la sacan? ¿La inventan ellos? La verdad, no tengo ni idea.

El caso es que cada día es más difícil vencerlos, y uno, a veces, se desanima.

El otro día llamé por teléfono a mi abuela, que es una superheroína jubilada, para hablarle justamente sobre eso. Ella me dijo que me comprendía.

—No te agobies, Lucas —me dijo—. El problema es que solo tienes ocho años. Un superhéroe de

ocho años, por muy bueno que sea, no puede ser perfecto. Tú intenta seguir aprendiendo y mejorando un poco cada día... ni siquiera los superhéroes consiguen nada si no se esfuerzan.

Las palabras de mi abuela me animaron bastante. Cuando colgué, me puse a pensar.

Necesitaba un plan, una estrategia para mejorar mi potencial heroico. ¿Por dónde podía empezar?

Se me ocurrieron varias ideas:

1. *Cambiarle el motor a mi monopatín volador.*

Un motor atómico sería espectacular, pero un poco contaminante. Decidí pensarlo más detenidamente.

2. *Mejorar las prestaciones de mi superbrazo-garfio.*

El otro día, mi padre me enseñó una herramienta increíble que se ha comprado para cuando vayamos de acampada en el verano. Se llama «navaja suiza especial», y sirve para un montón de cosas: tiene abrelatas, sacacorchos, cortaúñas, afilapuntas y hasta un cepillo de dientes. A lo mejor podría meterle a mi superbrazo una especie de navaja suiza, sería muy práctico.



3. *Aprender chino.*

Todo el mundo dice que el chino es el idioma del futuro y que hay que aprenderlo, y que patatín y que patatán. Ya sé que aprender chino no tiene mucho que ver con el trabajo de un superhéroe, pero siempre te puede venir bien, porque ¿y si aparece un supervillano que solo habla chino? ¿Y si alguien en China quiere contratarte para que luches contra el mal? Nunca se sabe.

Como no sabía por cuál de estas tres opciones decidirme, se me ocurrió consultar con mi amiga Leonor. Leonor es una superheroína, y últimamente colaboramos bastante. Unas veces la salvo yo a ella, otras veces me salva ella a mí... y cuando no tenemos que salvarnos el uno al otro, normalmente discutimos. Es que Leonor es un poco mandona, aunque ella dice que lo que hace no es mandar, sino organizar. De todas formas, es una buena amiga, y hasta cuando nos peleamos resulta divertido.

Bueno, el caso es que fui a casa de Leonor y le conté mis ideas para mejorar mi potencial heroico. Quería que me ayudara a elegir el mejor plan. Pero ninguna de mis ideas le gustó mucho.

—Si de verdad quieres mejorar como superhéroe, lo que necesitas es tener un buen ayudante. Alguien en quien poder confiar y que esté siempre a tu lado... Como Clarissa conmigo.

—¿Clarissa? ¿Quién es Clarissa?

—¿Cómo que quién es Clarissa? Pues mi robot, ¿es que no la has visto? Siempre me acompaña a todas partes. Y hablando de eso... He observado que tú también tienes un robot que va siempre contigo, pero nunca le hablas ni le haces ningún caso. Francamente, debe de sentirse muy mal, el pobre.

—¿Te refieres a mi robot rojo? Me sigue a todas partes, es como mi mascota. No sirve para gran cosa, pero le tengo cariño... ¿Por qué me miras así, como si fuera un asesino?

Leonor parecía horrorizada por mis palabras.

—¿Cómo puedes hablar así de tu robot? ¿No te da pena? ¿Es que crees que los robots no tienen sentimientos?

—Pues... sí, eso es lo que creo.

—Pues te equivocas. Claro que tienen sentimientos. Necesitan sentirse queridos y aceptados, y, sobre todo, necesitan sentirse útiles. ¿Sabes lo que os falta a tu robot y a ti?

—No... ¿Qué nos falta?

—Comunicación —dijo Leonor con gran seguridad—. Necesitáis hablar más entre vosotros, ser sinceros el uno con el otro... ¿Cómo se llama, por cierto?

—¿Mi robot? Pues, no sé... Nunca le he puesto nombre. Ah, y no habla... No conoce el lenguaje humano.

—¿Que no habla? ¿Que ni siquiera tiene nombre? —Leonor me miraba como si yo fuese el mayor villano de la galaxia—. Pobrecito, ¡con razón parece tan triste!

—Yo no lo veo triste...



—¡Es que ni siquiera te das cuenta! De verdad, Lucas, creía que eras más sensible.

—Soy sensible. Soy muy sensible. Además, ya te he dicho que le tengo cariño. Solo que nunca se me había ocurrido que pudiera hablar.

—¡Pues claro que puede! Está deseando, el pobre, se le nota en la mirada. Solo tienes que enseñarle... Como yo enseñé a Clarissa.

—Ya, vale... pero ¿cómo se hace?

—Pues muy fácil. ¿Tú nunca has visto cómo hablan los mayores con los niños pequeños? Les sonríen mucho, les repiten las cosas mil veces, les cantan



canciones... Esa es la primera fase. En la segunda, yo te recomiendo que le leas cuentos. A los robots les encantan los cuentos. Sobre todo los de princesas en apuros... Bueno, por lo menos a Clarissa.

—¿Y ya está?

—No, luego viene la tercera fase. Tienes que ampliar su vocabulario. Para eso lo mejor es que hables mucho con él, que le cuentes cosas de tu vida. Podéis ver juntos la tele y comentar los programas, pero ten cuidado con lo que ve, los robots son un poco miedosos y, si le pones un programa de miedo, luego por la noche tendrá pesadillas.

—Pero si los robots no duermen...

—Pero tienen pesadillas igual, te lo aseguro. Luego, cuando ya hable bastante bien, puedes enseñarle a leer.

Se me escapó un resoplido, no lo pude evitar.

—¿Qué pasa? —preguntó Leonor, cruzándose de brazos—. ¿Algún problema?

—No, ninguno... Es que todo eso me va a llevar un montón de tiempo. El hermano de mi amigo Quique tiene cinco años y ni siquiera habla del todo bien. No puedo pasarme cinco años entrenando a mi robot, necesito soluciones ya.

—Ah, por eso no te preocupes. Los robots aprenden muy deprisa. En quince días seguro que ya habla bastante bien. Y cuando sepa hablar bien se convertirá en tu mejor ayudante, ya verás. Te ayudará a mejorar tu potencial heroico.

—Supongo que no pierdo nada con intentarlo. ¿Quince días, dices?

—Yo lo conseguí en diez, pero claro, no todo el mundo es como yo...

—¿Crees que yo no puedo hacer lo mismo que tú? —pregunté enfadado—. Si quiero, puedo hasta superarlo. ¿Quieres que te lo demuestre?

Leonor se cruzó de brazos, desafiante.

—Me encantaría —dijo.

—Muy bien. Dentro de nueve días exactamente es mi cumpleaños. Pienso celebrar una fiesta, y en ella presentaré a todos a mi robot y demostraré que sabe hablar a la perfección. Así que ya sabes, estás invitada.

—Bah. No lo conseguirás. Ni siquiera le has puesto nombre todavía.

—Claro que le he puesto nombre. Se llama Bip. Vamos, Bip, ven conmigo, volvemos a casa... Tenemos mucho que hacer.

Cómo hablar con tu robot

El joven superhéroe Lucas quiere entrenar a su robot para que hable como un ser humano. Pero el supervillano Noir le regala una tarta de cumpleaños hechizada que hace que Lucas no pueda decir dos frases seguidas sin utilizar una frase hecha. El problema es que los robots no entienden esas expresiones... y eso provoca un montón de equívocos y situaciones divertidas.

Con este libro aprenderás...

A utilizar las frases hechas dentro de un contexto y a familiarizarte con la riqueza del lenguaje figurado.

Lengua



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 8 años



1589029

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com